

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Josep-Enric Parellada, monje de Montserrat
28 de agosto de 2016
Lc 14, 1. 7-14

Queridos hermanos y hermanas,

En el relato evangélico que nos acaba de proclamar el diácono encontramos a Jesús en casa de un fariseo que lo había invitado a comer en sábado. El texto nos precisó que tanto el que le había invitado como los otros fariseos lo estaban observando, ya que ese día era sábado y Jesús muy probablemente podía hacer algún gesto o decir alguna palabra que no fuera permitido hacer en el día de reposo prescrito por la ley.

En esta ocasión, al ver Jesús cómo los invitados se afanaban por ocupar los primeros lugares, convencidos de su propia dignidad, tuvo la oportunidad de resolver un problema que también interesaba a sus discípulos: ¿quién sería el primero en el Reino de Dios o quién merecería un premio más abundante?

Jesús es consciente de que no se trata de un incidente irrelevante o de una simple cuestión de protocolo, sino que el comportamiento de los invitados revela una cierta manera de entender la vida y las relaciones humanas: *el querer darse importancia*, el deseo de figurar por encima de los demás, determinaba un comportamiento de aquellas personas y ponía de manifiesto que para ellos la vida era como una especie de competición.

Para Jesús, en cambio, la vida del hombre no es una competición, sino una tarea en común: que no es otra que convertir el mundo en que vivimos en un mundo de hermanos. Y este proyecto, el proyecto de Jesús, resultaba incompatible con la mentalidad que reflejaba el comportamiento de los invitados a aquel banquete.

La atención de Jesús, sin embargo, va más allá de los invitados. Se dio cuenta de que entre los que estaban sentados en la mesa faltaban algunos. Faltaban precisamente aquellos que no podían corresponder, es decir, devolver la invitación al anfitrión.

Dos líneas de fondo se dibujan para nosotros, cristianos y cristianas del siglo XXI. Dos líneas que van mucho más allá de unas actitudes o de unas virtudes. Se trata de dos líneas que configuran nuestra manera de vivir y de ser.

La primera línea de fondo es la humildad. Ciertamente esta palabra provoca rechazo en todos los sentidos, tanto a nivel humano como a nivel cristiano, seguramente por una deformación de lo que quiere expresar, quizá fruto de una deformación malsana de esta actitud tan cristiana y monástica, a la que san Benito dedica el capítulo VII de la Regla.

Jesús mismo, que se presenta como "el humilde" no pretende que sus discípulos y seguidores sean personas con actitudes blandas que asienten sin convicción. La humildad no se encuentra nunca en las actitudes externas sino en el corazón, ya que si no fuera así no podríamos reconocer y aceptar al otro como un tú que me pertenece, ni tampoco a Dios de quien somos obra y don.

La humildad que propone Jesús desactiva esa voz que nos hace competitivos con los demás y que nos quiere situar siempre en el primer lugar; la humildad además nos defiende del vivir centrados en nosotros mismos, que es una forma camuflada de dominio de los demás.

La humildad evangélica nos da un equilibrio vital y hace que no nos desequilibremos cuando no somos reconocidos como quisiéramos serlo, o no somos atendidos los primeros. El humilde no necesita tener la última palabra, al contrario, el humilde ayuda a quien le ha hecho daño, es magnánimo. Ante Dios, el humilde no pone condiciones. Sólo da un sí incondicional sin fijarse en lo que dirán. Por ello, la humildad es un don que hay que cuidar.

La segunda línea de fondo que nos plantea el evangelio de este domingo es el tema de la gratuidad.

Vivir desde la gratuidad significa vivir agradecidos a Dios y a los demás que son un don para mí. Vivir gratuitamente significa hacer de nuestras vidas una donación sin premeditación; en definitiva, significa vivir disponible a la necesidad del otro, como nos sugiere el evangelio de hoy, atentos a los pobres, cojos, ciegos,..." a todos aquellos que no pueden pagarnos.

Para ilustrar lo que acabo de decir, hace unos años me impresionó mucho una nota necrológica de una monja en la que su comunidad había tenido mucho interés en transcribir un breve fragmento de su diario. Decía más o menos así: "cuando llegemos al final de nuestros días nos presentaremos ante Dios con las manos absolutamente vacías, pero al abrirlas ante sí tendremos la sorpresa de encontrarlas llenas de todo lo que hemos dado sin esperar nada a cambio. En cambio, todo lo que nos hayamos guardado habremos tenido que dejarlo".

Creo que la intuición de esta monja, y que podría ser la de muchos cristianos y cristianas, ilustra perfectamente la línea de fondo de la segunda parte del evangelio que hemos proclamado.

Para terminar me digo a mí mismo y lo comparto con todos vosotros que no seamos fáciles en juzgar las actitudes de los demás, sean prepotentes o no, humildes o con una aparente humildad, ya que la medida que aplicamos a los demás es el reflejo de lo que también nosotros somos. En todo caso, como me dijo una vez una persona: en toda situación ocupa ese lugar que nadie te tomará porque nadie lo quiere. Es lo que hizo Jesús, que ahora se hará presente en el pan y en el vino de la Eucaristía.